*beatriz aguad*
*y alicia stolkiner**

# el trauma de la represión política en los niños

Parecería que los niños olvidan rápidamente. Podría uno inclinarse a pensar que las experiencias penosas vividas no dejan huella en ellos. Sin embargo estos niños, de los cuales hablamos, han pasado en la Argentina por situaciones represivas como haber quedado en total abandono al ser sus padres secuestrados o detenidos, haber sido secuestrados o detenidos ellos mismos, haber sido dejados por las "fuerzas de seguridad" en asilos, con nombres falsos a fin de que no fueran ubicados por sus familiares. Algunos han presenciado personalmente la tortura o muerte de sus padres, otros han sido amenazados de muerte en presencia de sus padres como forma de forzar sus declaraciones. La mayoría han vivido cambios permanentes de domicilio, períodos en casa de familiares o amigos, con o sin sus padres. Todos han vivido en diferentes formas y grados la amenaza de muerte y el desamparo. Sea que la muerte fuera vista o escuchada, destinada a sus padres o recayera sobre sí como efecto fantaseado de la separación brusca o violenta, cada uno de estos niños se ha encontrado así frente a una ausencia real o posible de los padres de naturaleza radicalmente distinta a las ausencias que cualquier niño sufre en su vida cotidiana. Todas estas experiencias no pueden ser olvidadas y se vuelven constitutivas del ser psicológico.

Los acontecimientos, tal como han sido descritos, fueron sufridos por muchos niños que se encuentran ahora en México. Ellos son el testimonio de que disponemos, constituyen la memoria infantil de esta historia de represión que vive la Argentina. De ahí que nuestros esfuerzos estén encaminados a comprender los efectos psicológicos y/u orgánicos que la represión produce, a fin de llamar la atención mundial sobre los niños que en la Argentina aún la sufren.

Las preguntas que nos planteamos como trabajadores de la salud mental, ligados a esta experiencia por nuestra historia y por nuestra práctica actual, son: en qué forma estos niños procesan o reordenan estas experiencias en su mundo infantil, y cuáles son las consecuencias posibles de las mismas, a fin de implementar una labor preventiva.

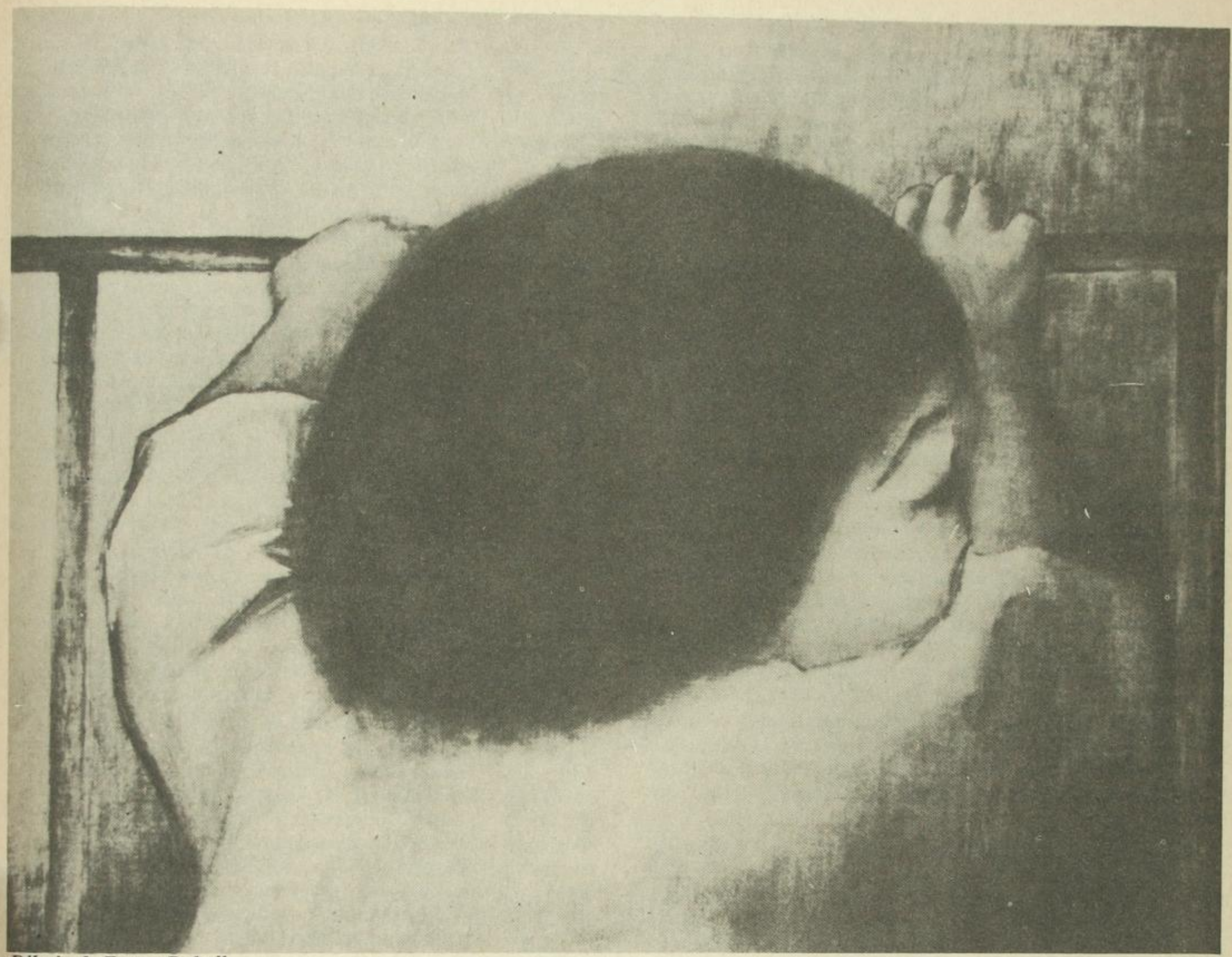
Nadie dudaría en llamar traumáticos a estos episodios en tanto son brutales e inesperados. Se alude de este modo a la violencia que un hecho tiene, y a la pasividad a la que queda reducido el sujeto que la sufre. Es algo que viene de afuera, una agresión exterior frente a la cual el sujeto carece de recursos para hacerle frente y pierde toda posibilidad de gobernarla.

Al tratarse de niños, nadie va a negar lo horroroso de sus experiencias dado el carácter de indefensión que tiene la infancia. De ahí la necesidad de ser resguardada por los adultos, que pasan por esta razón a ser seres que todo lo pueden, en tanto hacen lo que el niño no puede. Esto es lo que se revive en una situación de agresión externa.

La acción traumática no es una simple perturbación de la economía libidinal, sino que amenaza más radicalmente la integridad del sujeto. Su yo se halla indefenso, ya no por las represiones, fantasías o afectos que lo acosan, sino, fundamentalmente, por estar expuesto a una situación de peligro que emerge desde la realidad. Esto retrotrae el yo a los momentos iniciales de su vida.

En el ser humano la vida intrauterina es corta en comparación con la de la mayoría de los animales: se halla más incompleto cuando viene al mundo. Por ello la influencia del mundo exterior es más intensa y se produce una diferenciación precoz del yo. En la cría humana aumenta la importancia de los peligros del mundo exterior y se incrementa el valor de la persona capaz de protegerlo contra estos peligros. Este factor biológico genera las primeras sensaciones de peligro y crea la necesidad de ser amado, que ya nunca lo abandonará. El hombre se constituye en relación a otro, y en esto reside la cualidad psicológica del

* Subcomisión de niños de la Comisión de Salud Mental. Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino.



*Dibujo de Fanny Rabell*

ser humano. "Con la experiencia de que un objeto exterior, aprehensible por medio de la percepción, puede poner término a la situación peligrosa. . . que recuerda la del nacimiento. . . generada por la necesidad insatisfecha, se desplaza el contenido del peligro desde la situación biológica a su condición: o sea la pérdida del objeto. El peligro es ahora la ausencia de la madre. . ."(1)

(1) S. FREUD "Inhibición, Síntoma y Angustia" O.C., T. 2, p. 31.

Gabriela tiene actualmente 5 años, vive con sus padres y concurre al kinder. Cuando tenía 10 meses, sus padres son detenidos por la policía durante la noche. La niña queda sola en la casa hasta que su llanto llama la atención de los vecinos, que se hacen cargo de ella. Es cuidada por distintas personas hasta que, cuatro meses después, es reencontrada por su tía. La niña es entregada a su madre en la cárcel. Absolutamente fijada en su desarrollo al momento de la separación, la niña de 14 meses es, en su aspecto físico y su conducta, un bebé de 10. Devuelta al cuidado de su madre, aún en las precarias condiciones de la vida carcelaria, el tiempo parece comenzar a correr nuevamente en su crecimiento. En un mes comienza y completa su dentición, camina y dice las primeras palabras. Tres meses después, la permanencia de la niña en la cárcel se torna imposible (falta de higiene, de alimentos, ausencia de recreos al aire libre, presión por parte de las autoridades para separar a los niños de sus madres). Después de ser nuevamente entregada al cuidado de parientes, más tarde, se reúne con sus padres en un país extranjero, a los tres años. Su lenguaje se reduce al adquirido al momento de la segunda separación. Una vez más, el reencuentro parece determinar un desarrollo acelerado en los aspectos detenidos, alcanzando en poco tiempo el vocabulario correspondiente a su edad. En la actualidad persiste un síntoma: la falta de control de esfínteres. Gabriela pone en evidencia que la situación de indefensión del niño hace necesaria la presencia de otro significativo, no sólo para su supervivencia biológica, sino para su desarrollo subjetivo. Gabriela parece haber detenido su tiempo en el momento mismo que la violencia la separa, sin explicación posible y sin previsión de retorno, de sus padres.

Se plantea un interrogante general sobre el papel de la ausencia en la evolución del niño, que nos retrotrae a la afirmación inicial de que las ausencias sufridas por estos niños son radicalmente distintas en sus características y efectos, de las cotidianas.

La ausencia de la madre es, para el niño, una realidad desde que nace. Ni aun la madre más "abnegada" puede estar siempre "ahí", en el momento exacto de su reclamo. Esta realidad ineludible es motivo de elaboraciones que son un paso importante en su desarrollo. Se abre un espacio entre el niño y su objeto que es el espacio de la fantasía y la palabra. Una expresión de esto son los juegos que surgen a partir de la segunda mitad del primer año. Juegos de aparición y desaparición de objetos y/o del propio cuerpo. Se trata de juegos cuya estructura completa tiene como eje la presencia y la ausencia. El niño puede tolerar, sin sentir que se pierde por ello, la partida de la madre, en tanto la recrea en la palabra o el gesto que la señala. Tiene la ilusión de dominar aquel hecho del cual es, en realidad, sujeto pasivo. Podría decirse que la vida se teje sobre una ausencia, y es ésta la que abre el espacio de la palabra haciendo surgir los primeros procesos de simbolización. Si bien toda ausencia puede considerarse en algún sentido como una situación de peligro que remite a la muerte, en las comunes hay un soporte básico de seguridad. La madre "sabe" que va a volver, el niño confía en el retorno de la madre y puede jugar alrededor de la ausencia de su estar o no-estar.

En los casos que referimos, como lo ejemplifica el de Gabriela, este soporte de seguridad no existe. Los padres no pueden asegurar el retorno, enfrentados con la posibilidad concreta e inmediata de la muerte. En el contexto de las particularidades de cada relación madre-hijo, la realidad ha irrumpido violentamente, marcando un corte en la misma que designa a un agente externo arbitrario, como aquel de quien depende la posibilidad del reencuentro y por eso mismo se transforma en el dueño de la vida. Si el niño atribuía a los padres la capacidad omnipotente de la protección, la omnipotencia de este agente externo lo desampara. Esta intervención violenta fragmenta en mil pedazos la ilusión de dominio obtenida por el niño hasta ese momento; situación fantaseada que le permitía sobreponerse a las ausencias e introducir el lugar de la palabra.

Es por eso que Gabriela se detiene en su crecimiento. Sólo puede ser aquella que fue cuando su madre estaba. Cristaliza el tiempo y con ello expresa la espera. Testimonia así, en su síntoma, una realidad de la cual no puede dar cuenta. "Habla sin saberlo" de lo ocurrido. La experiencia queda inscrita en ella. Careciendo de lenguaje, los síntomas construyen todo un discurso.

Es necesario recordar que en el momento de la represión Gabriela tenía 10 meses. La observación de niños que han sufrido estas situaciones parece indicar que hay diferencias en las manifestaciones sintomáticas. Algunas diferencias pueden atribuirse a las distintas características familiares y de historia personal (previa y posterior) de cada uno, pero hay cierta homogeneidad según la edad en que sucedieron los hechos. En bebés y niños pequeños parecen predominar los síntomas de tipo orgánico; se podría decir que el conflicto se expresa en el cuerpo o por el cuerpo. En niños más grandes aparecen intentos de explicación o síntomas estructurados a nivel "psíquico" (por ej. fobias). Cuando se habla de un síntoma se alude a que hay algo que no puede ser explicado y sobre lo que se intenta hablar o se llama la atención. Hay una reconstrucción fantaseada de lo ocurrido que requiere una traducción.

Francisco y Luis tienen 8 y 2 años respectivamente cuando se les comunica la muerte de un tío. Ha sido acribillado por un

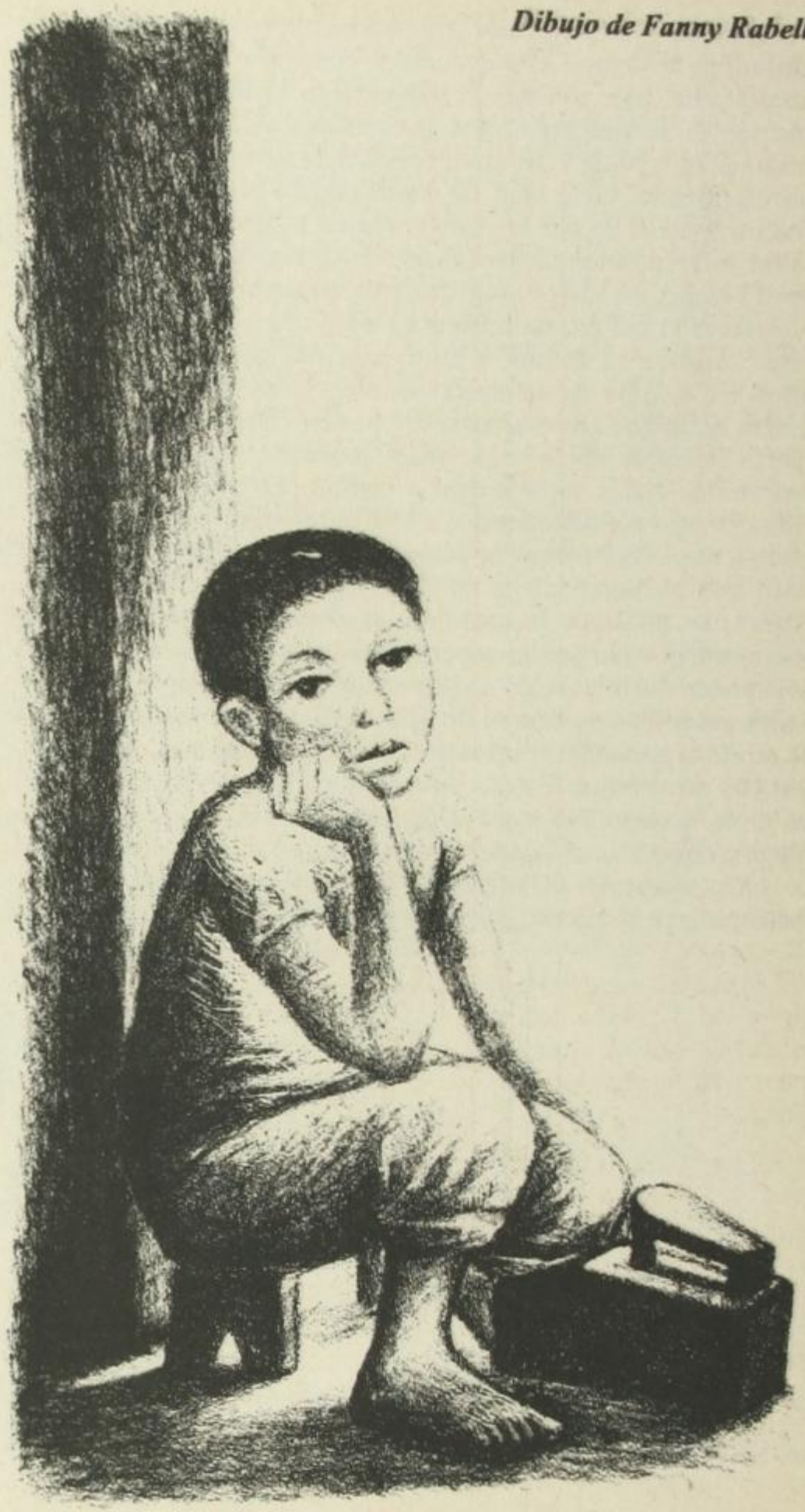
grupo parapolicial a la salida de su trabajo. A los niños no se les aclaran las condiciones en que la muerte ocurrió. El menor no parece haber tenido mayormente en cuenta el hecho. Sin embargo a los 15 días presenta una alopecia (caída del cabello), se muestra apagado, especialmente inactivo. La consulta con un dermatólogo descarta toda intervención de un factor orgánico. Francisco se muestra intranquilo y acosa a sus padres con preguntas. Quiere saber qué pasó. Se hace oír cuando le advierte a su madre que la familia se desintegra; recuerda que su tía, después de una larga detención, salió opcionada del país tiempo atrás, y que otros de los miembros de la familia han sufrido amenazas, siendo sus casas finalmente quemadas.

En Francisco las preguntas o reflexiones dirigidas al adulto le sirven para un intento activo de reconstruir su historia. En Luis es el síntoma el que se encarga de expresar lo que su lenguaje no le permite.

Así como los síntomas varían de acuerdo a la edad y características de los niños, también la intensidad de los mismos parece variar según el grado de represión sufrida. Francisco y Luis constituyen un ejemplo de represión vivida indirectamente. Pese a lo ocurrido, han permanecido al lado de sus padres; la estructura familiar ha podido mantenerse, y con ellos se ha conservado un continente. Cuando la represión cae directamente sobre el niño y sus padres, los efectos son devastadores. Es el caso de Gabriela, es el caso de Víctor.

Víctor tiene dos años y medio cuando su madre muere. Es detenida, y cuatro días después las fuerzas armadas notifican a la familia su muerte "por intento de fuga". Trasciende que murió en la mesa de torturas. El padre, tratando de salvar su vida y preservar la de su hijo, empieza un largo peregrinar. Se suceden de un modo interminable las mudanzas. Finalmente, agotadas las posibilidades de protección, el padre lo deja al cuidado de unos amigos. Poco después es secuestrado desconociéndose hasta el día de hoy su paradero.

Víctor tiene dos años y diez meses. Nadie le explica nada. La gente que lo cuida, temerosa de que el niño hable, le oculta sistemáticamente lo ocurrido. A los 3 años 3 meses localizan a los abuelos y lo entregan a ellos; el niño demuestra reconocerlos, hecho llamativo dado su corta edad. En ese momento, si bien Víctor habla correctamente, evidencia trastornos en su motricidad. Su equilibrio es mínimo, camina extendiendo los brazos hacia adelante al modo de un deambulador en sus primeras experiencias. No puede correr. Parece no calcular bien el espacio y choca permanentemente contra objetos. Se cae con frecuencia. Todo tiene la apariencia de un síndrome neurológico. No obstante, este diagnóstico es descartado cuando, quince días des-



*Dibujo de Fanny Rabell*

pués, el niño ha superado prácticamente esta sintomatología. Durante ese tiempo el reencuentro con los abuelos le devuelve una familia, pero además le reintegra su historia. Le hablan de sus padres, le muestran fotos, le cuentan anécdotas. Esto parece rearmar su espacio y devolverle el control sobre su cuerpo. Cuerpo disgregado, cuya falta de coordinación es indicadora de las fracturas en el yo por los trastornos en la identidad sufridos al faltar referencias seguras. Lo que en Gabriela es una detención en el tiempo, en Víctor aparece como un perderse en el espacio.

A veces el peligro de muerte es vivido en carne propia por el niño. Andrés es detenido junto con sus padres. Tiene cinco años. En el lugar de detención se inicia el interrogatorio en presencia del niño. La renuencia del padre a dar información despierta la cólera del oficial, quien amenaza con matar al niño apuntando hacia su sien con la pistola. El interrogatorio continúa en esas condiciones dos o tres horas más. El niño es entregado a unos vecinos que se comunican con los abuelos maternos para que se hagan cargo de él. Los padres quedan detenidos. Andrés no habla de lo sucedido; se abraza a la abuela y desde ese momento no puede separarse de ella. Presenta insomnio; sólo puede dormir si está acompañado y su sueño es intranquilo. Sufre pesadillas de contenido altamente persecutorio en las que se repite la situación traumática. Se niega a salir a la calle y a jugar con otros niños. En sus juegos solitarios se reitera la temática de la muerte. No logra organizar una actividad normal. Se niega a concurrir al Kinder. Paralizado en el momento de pánico, en la repetición del mismo, el mundo exterior se torna hostil. Racionalizar al querer justificar estas inhibiciones, como si las mismas dependieran enteramente de los factores actuales. La situación penosa no parece ser recordada activamente por él, pero retorna e insiste en hacerse reconocer en estos hechos.

Se decía al principio que pareciera que los niños olvidan; la experiencia muestra que no hay olvido posible. Donde no hay recuerdo el síntoma se encarga de abrirle camino. La represión ha marcado a estos niños, ha dejado una huella, sea que ésta se manifieste en un síntoma orgánico, una inhibición, o, en el mejor de los casos, a través de recuerdos con los que el niño intenta explicarse lo ocurrido.

No se puede extraer del hecho traumático aislado derivaciones patológicas unívocas. El desarrollo posterior de estos niños va a depender no sólo de la experiencia represiva, sino de su historia previa y de los acontecimientos posteriores. Los síntomas que aparecen como efectos directos de la situación traumática ceden en su intensidad con el transcurso del tiempo, cuando ha mediado una intervención exitosa por parte de los padres o algún sustituto. Es el caso de Gabriela y Víctor. En los casos en que los síntomas se mantienen y/o aparecen otros se puede pensar en una cronificación en la que hay que atender a una estructura más compleja.

La intervención psicoprofiláctica con estos niños debe introducirlos en la participación que tuvieron en un hecho real cuyo sentido se les ecapa o permanece oculto. Se trata de facilitar la emergencia de palabras verdaderas que verbalizando la situación dolorosa que el niño vive, le otorguen a éste un sentido susceptible de ser comprendido por el otro al mismo tiempo que por él.

*Dibujo de* *Fanny Rabell*